

CESEDEN

LA AMENAZA TOTAL A OCCIDENTE

- Por Therthon Geoffrey RIPPON
- De la revista "Defence Yearbook"
del Royal United Services Insti-
tute and Brassey's
- Traducido por el CN D. Luis A.
FERNANDEZ BECEIRO.



Mayo, 1981

BOLETIN DE INFORMACION nº 145-IV

Estamos en condiciones de condenar a los dirigentes de la década de los años 30 por su falta de capacidad de reacción ante la política agresiva de Hitler. El mundo libre está actualmente ante un peligro similar, quizás aún más grave. Para demostrarlo basta comprender la simple proposición planteada por Neville Chamberlain en la Cámara de los Comunes el 6 de octubre de 1938, cuando la política de apaciguamiento había fracasado totalmente: "Nuestra experiencia pasada -dijo Chamberlain- nos muestra claramente que la debilidad militar significa debilidad diplomática". La inferioridad en potencial bélico condena, ineludiblemente, al sometimiento.

Nunca, desde las grandes invasiones de los bárbaros y la caída del Imperio romano, se había visto el mundo occidental ante tal peligro como el que amenaza hoy. Una vez más la terrible confusión de Mr. Stanley Baldwin se revela como una auténtica verdad: "Las democracias van siempre dos años por detrás de las dictaduras". Si, y esto es así aún tratándose de un asunto de vida o muerte.

La estrecha unión de los países de la Alianza de la OTAN y su deber común de prevenir cualquier agresión, son tan necesarios como esenciales. Pues bien, a pesar de todas las claras amenazas y peligros que se ciernen sobre el mundo occidental, esta unión y esta comunión de ideales no se han conseguido; es más, en muchos aspectos, como dijo hace más de veinte años uno de los políticos europeos más clarividentes, Paul Henri Spaak, "todo se queda en tinta sobre el papel". Y no es que no haya suficiente literatura sobre el tema y adopción de posturas frente al mismo, pero lo que si falla -una y otra vez- es la toma de decisiones adecuadas y eficaces.

En la década de los 70 el concepto de distensión degeneró en el de apaciguamiento, propio de los años 30. Un auténtico espejismo indujo a los Estados Unidos y a Europa a un corte en sus gastos de defensa, mientras que la Unión Soviética construía la más poderosa máquina militar, terrestre, naval y aérea, que los humanos pudieron concebir, excediendo, con mucho, a cualquier justificación defensiva.

Ahora, en el decenio de los 80, nos enfrentamos con la amenaza de una creciente superioridad soviética en armamento. Ya no es posible pretender que la cuantitativa inferioridad occidental pueda ser compensada cualitativamente, o que podamos confiar, sin asomo de duda, en nuestra capacidad para lanzar un ataque nuclear masivo contra el agresor.

El balance militar es ahora contrario al Mundo Libre, no solo en Europa sino también en el Atlántico Oriental, en el Atlántico Sur y en el Océano Indico. Mucho antes de la brutal invasión soviética de Afganistán, los acontecimientos en Africa habían puesto ya de manifiesto el expansionismo de la Unión Soviética, tanto en el terreno político como en el militar. A medida que el Kremlin iba ganando bases en Africa, en Vietnam y por todas partes, Occidente iba renunciando a ellas. A la vez que el poder nuclear americano iba perdiendo su supremacía, los soviéticos construían una armada oceánica de primera clase. Todavía ahora rehusamos enfrentarnos con el hecho de que, aproximadamente, el 80 por ciento del combustible de los miembros de la OTAN y el 70 por ciento de sus materias primas estratégicas se transporte por vía marítima a lo largo de la costa occidental africana, ahora vulnerable ante los ataques soviéticos, navales y aéreos.

Richard Nixon, en su profundo libro "The Real World", recuerda que Harold Macmillan dijo en un ocasión: "Africa y Asia son los dos grandes pulmones por los que respira la cultura occidental". Ya en 1921 Stalin comprendía que la vulnerabilidad de Occidente estaba en su insuficiencia de materias primas:

"Si Europa y América pueden considerarse como la vanguardia del imperialismo, las naciones carentes de soberanía y las colonias, con sus materias primas, combustibles y sus enormes contingentes humanos, deben estimarse como su retaguardia, las reservas del imperialismo. Para ganar una guerra es necesario, no solo vencer a la vanguardia, sino también revolucionar la retaguardia del enemigo, sus reservas".

Más recientemente Brezhnev, en una conversación con el Presidente de Somalia, Siyad Barre (por entonces aliado soviético), le confesó:

"Nuestra meta es alcanzar el control de los dos grandes tesoros de los que depende Occidente: el tesoro energético del Golfo Pérsico y el tesoro en minerales de Africa Central y Meridional".

La responsabilidad directa de la OTAN queda reducida a las áreas territoriales de sus estados miembros y puede que sea políticamente imposible enmendar el Tratado en el sentido de abolir ese límite absurdo representado por el Trópico de Cancer. Los inconvenientes de los tratados como en cierta ocasión comentaba el General de Gaulle, es que "son como rosas, se marchitan, se marchitan". La marcha inexorable de los acontecimientos nos indica que la OTAN está, "de facto", inevitablemente comprometida en la defensa de sus intereses vitales a escala mundial. Estos incluyen el acceso a los recursos energéticos y a las materias primas básicas. La vulnerabilidad de las comunicaciones, desde Afganistán hasta el Golfo y a través del Océano Indico, obliga a la OTAN a reconsiderar inmediatamente su estrategia fundamental y prioridades; y admitir que actualmente el poder militar requiere dimensiones oceánicas.

La necesidad de una presencia aliada.

Algunos países de la OTAN, especialmente los Estados Unidos, Reino Unido y Francia, deben mostrarse propicios a proporcionar una apreciable presencia aliada conjunta en el Atlántico Sur y en el Océano Indico. Australia, Nueva Zelanda y Japón deben tener también un papel importante en la misión de rellenar el vacío creado por la desaparición de los antiguos pactos de la CENTO y SEATO.

La decisión británica, en 1968, de abandonar todas sus responsabilidades defensivas al este de Suez, a partir de diciembre de 1971, aceleró un proceso revolucionario en Oriente Medio y en el Golfo Pérsico, que estaba ya gestándose. Ahora, seguramente podemos apreciar mejor el error que supuso anular unilateralmente el Acuerdo de Simonstown y abandonar la base de Gan (●).

La anarquía en Irán nos muestra, en forma dramática, el grado de inestabilidad actual de aquella zona. Después de la promulgación de la llamada doctrina Nixon de 1972, la política de los Estados Unidos fue la

(●). - N. del T. Situada en el Atolón Adden, Archipiélago de las Maldivas (Océano Indico), unas 300 millas al Norte de Diego García.

de confiar en el llamado sistema del "doble pilar", en el cual Irán y Arabia Saudita, con armamento suministrado por Occidente, se vieron estimulados a erigirse en los fundamentos de un régimen de paz y estabilidad para todo el Oriente Medio. El fallo de uno de los pilares mostró la vulnerabilidad del otro. Si Arabia Saudita se hubiese contagiado del desorden y del caos iraní, esto hubiese precipitado a los otros estados productores de petróleo, Kuwait, Qatar y Emiratos Arabes, en la misma sima, y los crudos del Oriente Medio y del Golfo Pérsico hubiesen quedado, sin remisión, bajo control soviético.

Todos estos acontecimientos traerían consigo otros peligros adyacentes, tales como la decisiva intervención del Comunismo en el enfrentamiento entre el Norte y el Sur del Yemen, o un cambio en el gobierno de Oman, país que domina vitales posiciones estratégicas sobre el Estrecho de Ormuz, paso obligado del petróleo procedente del Golfo Pérsico. Es por esto que, no solo los Estados Unidos, sino la Alianza Atlántica en su conjunto, tienen que demostrar su fuerza y voluntad de empleo de la misma, para apoyar a los gobierno amigos, tanto en el Oriente Medio como en cualquier otra área.

Los americanos están ya organizando su Fuerza de Despliegue Rápido, que estará lista a principios de los 80 para intervenir en crisis disidentes, en un grado tal que -por lo menos- muestren la determinación de los Estados Unidos de estar presentes allí donde se produzcan focos belígenos. Así mismo debería reforzarse la Alianza Atlántica, tanto en su conjunto como cada uno de sus países miembros.

El Reino Unido, por ejemplo, debería contar con una fuerza de tierra, mar y aire, siempre lista para intervenir. Deberíamos restablecer la Fuerza Operativa Conjunta disuelta en 1974. Estaba constituida por aviones "Hercules" y unidades de paracaidistas que le daban a Gran Bretaña la posibilidad de desplegar lejos de la metrópoli, y en un solo viaje, un batallón de unos 650 hombres con unas 200 toneladas de material entre armas, municiones y abastecimientos diversos. Esta capacidad se veía ampliada y apoyada por una adecuada fuerza naval. Deberíamos también estar preparados para proporcionar armas a nuestros amigos y aliados, creando, sobre todo, entre ellos, un clima de confianza en nuestra voluntad y capacidad para defenderlos en caso de necesidad, renovando la sensación de seguridad que evidentemente, ha faltado en muchas zonas que, hasta ahora, se han inclinado hacia Occidente. No debemos infravalorar la importancia psicológica y política que supone un cierto grado de presencia en algunas de estas áreas. Solo así podremos demostrar nuestro positivo compromiso en unas

responsabilidades de carácter global. Tenemos que restablecer nuestra influencia, por todos los medios posibles en las naciones de Africa y Asia y convencerles de que su independencia, no menos que la seguridad del mundo libre, dependen en la actualidad de la capacidad de contención del expansio-nismo soviético y del comunismo. Es este el nuevo imperialismo, mucho más despiadado en su moderna concepción que cualquier otro de tiempos pa-sados. A este respecto, la invasión de Afganistán constituye una prueba evidente de las intenciones soviéticas y de que el mundo libre debe permane-cer alerta y muchos pueblos deben abandonar la apatía con que hasta ahora consideraron estos problemas.

En los últimos años la Unión Soviética ha demostrado una pre-paración creciente para desarrollar actividad militar en zonas conflictivas, lejos de sus fronteras nacionales, tales son los casos de Etiopía y Angola. La falta de respuesta occidental a estas iniciativas soviéticas pueden, muy bien, haber reforzado la decisión del Kremlin de invadir Afganistán. Pero este acto de clara agresión ha tenido ciertos efectos beneficiosos.

La evidencia de que la URSS está decidida al empleo directo de las fuerzas, cuando lo considera necesario, incluso contra países indepen- dientes no-alineados, ha llevado al Tercer Mundo, con anterioridad procli- ve-dentro de su espíritu tradicionalista- a cierta simpatía hacia el bloque comunista, a declararse ahora, claramente, contra la agresión soviética a cualquiera de sus miembros. Así, se ha creado una nueva oportunidad de detener la marcha del tigre depredador y de sus cachorros a través de Afri- ca y de otras áreas vitales.

En muchos aspectos, el aviso más claro a Occidente ha sido la conferencia dada en Washington el 30 de junio de 1975 por Alexander Sol- zhenitsyn, poniendo de manifiesto el peligro de los efectos adormecedores de una falsa sensación de seguridad, proporcionada por la llamada "disten- sión". Decía Solzhenitsyn:

"Ustedes deben entender la naturaleza del Comunismo, tal como la enseñaba Lenin, en el sentido de considerar a cualquiera como un imbecil, incapaz de tomar lo que tiene delante. Si puedes tomarlo, tómalo. Si puedes atacar, ataca. Pero si encuentras un muro, en tonces retrocede. Y los líderes comunistas respetan nuestra fir- meza y sienten desprecio y mofa por aquellos que continuamente con-fían en ellos".

Finlandia en 1938, Berlín en 1948, Corea en 1950, Cuba en 1962, son pruebas evidentes de que la firmeza reporta sus beneficios. Pero la firmeza debe estar respaldada por la fuerza.

La fuerza del lenguaje de Solzhenitsyn y sus ataques, sin exageración alguna, a la debilidad moral de Occidente, no convencen a todos. Pero los acontecimientos han dado relevancia a su reciente y pertinente observación de que, quienquiera que valore la comodidad, bienes materiales y seguridad, por encima de la libertad, corre el riesgo de perder, no solo ésta sino también la comodidad y los bienes materiales.

Ahora, parece que al fin las naciones europeas empiezan a percatarse de la necesidad de aumentar sus gastos de defensa con el fin de proporcionar fuerzas convencionales adicionales, así como de aceptar la urgente exigencia de instalar armas nucleares de teatro.

Aunque existe entre los aliados europeos una aceptación a incrementar los gastos de defensa hasta el 3 por ciento en términos reales, requerido por la iniciativa del Presidente Carter en 1977, permanece, sin embargo, un rechazo a aceptar cualquier tipo de fijación arbitraria de porcentaje de costes de la defensa, con respecto al Producto Nacional Bruto.

La voluntad de resistir.

El desafío que tenemos que afrontar ahora, en los años 80, es -naturalmente- no solo militar. La política de defensa es en gran parte, una cuestión de voluntad. Quizás existe más temor a la intimidación política de la URSS que a un ataque directo inmediato del Pacto de Varsovia a través de los límites europeos de la OTAN. Si esta organización se muestra incapaz de, o con falta de voluntad para, responder a la amenaza militar del Kremlin, tanto en Europa como en el resto del mundo, aumentan en la misma proporción en que la Alianza Atlántica muestre su debilidad y carencia de moral combativa.

Este planteamiento se pone de manifiesto en el "Libro Blanco de la Defensa en la década de los 80" (Comd 7826), que preconiza la necesidad de mantener una disuasión británica, decidiendo reemplazar sus misiles "Polaris". Así concluye:

"Las acciones de la Unión Soviética están, en parte, concebidas por su conocimiento de las posibles reacciones occidentales y debemos esperar que las autoridades soviéticas detectarán y explotarán cualquier de nuestras indecisiones, errores o debilidades".

La voluntad de resistencia de una nación, si se pone debidamente de manifiesto, tiene un gran valor disuasivo. La negligencia en la defensa propia, hasta el extremo alcanzado por el Reino Unido, socava la credibilidad de nuestra determinación de resistencia, así como, la eficacia de nuestra defensa ante un ataque.

El Tratado del Atlántico Norte define claramente que la responsabilidad del solar patrio es esencialmente nacional. Sus miembros están, por tanto, obligados a desarrollar y mantener su potencial civil en tiempo de paz y estar preparados para afrontar las situaciones propias de la guerra. El planeamiento de la defensa del frente interior, en todo lo que concierne a la OTAN, comprende todas las medidas necesarias para capacitar a cada miembro de la Alianza a que pueda resistir cualquier tipo de ataque, incluido el nuclear. La estructura general de la OTAN, y su estrategia, están basadas en el concepto de que, en una futura guerra, habrá que defender dos frentes: el frente militar y el frente interior. Ambas defensas se complementan, tienen igual importancia y entre ambas constituyen el escudo defensivo de la OTAN.

En Gran Bretaña se están tomando, aunque tardíamente, medidas para resolver los problemas de la defensa interior y de la defensa civil. Tenemos una necesidad clara y manifiesta de una mejor defensa naval y aérea de nuestras costas y de unas fuerzas metropolitanas capaces de proteger bases e instalaciones vitales, afrontar cualquier infiltración enemiga, cualquier fuerza lanzada en paracaídas o desembarcada en las costas, y, como último recurso, mantener los elementos esenciales de gobierno. La defensa civil es también importante en el aspecto disuasivo, ya que no solo puede convencer al agresor de nuestra voluntad de resistencia, sino que le da a la nación un mejor conocimiento de lo que pone en juego. En muchos aspectos la acción más urgente de Occidente es concienciar al pueblo de la amenaza real e inmediata a que su seguridad está sometida, aunque esta verdad duela y sea impopular.

Una defensa civil bien organizada forma parte esencial, en muchos aspectos, de nuestro dispositivo de seguridad de tiempo de paz. En 1966, el Gobierno Laborista suprimió el Ejército Territorial y organizó la Defensa Civil y el Servicio Auxiliar de Contraincendios, sobre las bases de

lo que, eufemísticamente, se denominó un dispositivo de prevención y recuperación. Esto significó que a unos 100.000 voluntarios se les dijo que ya no eran necesarios. El Secretario de Estado para la Defensa, Mr. Denis Healy, dijo en aquella ocasión que si la defensa interior sigue siendo necesaria en el Reino Unido, debemos concebirla ya con carácter nuclear. Es esta una hipótesis inaceptable ya que, si la OTAN acepta, sin ambages, la doctrina de la respuesta flexible, esto significa que debemos estar dispuestos a aceptar -por un considerable período de tiempo- una guerra convencional. Y aún en el supuesto de la guerra nuclear, persistirán las necesidades de rescate de supervivientes, restablecimiento de servicios y restauración de instalaciones esenciales.

El argumento que ha persistido desde 1966, de que habrá un período de aviso o advertencia durante el cual se dispondrá de tiempo para activar las medidas de defensa civil y defensa interior, es otra hipótesis inaceptable.

Para proporcionar un nivel adecuado de reservas de todos los aspectos de la defensa, es necesario resucitar el papel del voluntariado. Yo he recomendado reiteradamente la creación en el Reino Unido de una fuerza civil voluntaria capaz de asegurar los servicios de emergencia adecuados para hacer frente a situaciones imprevistas, de esas cuya índole la historia nos muestra que se desarrollan siempre de forma y por vías imprevistas. En Gran Bretaña nunca han faltado hombres dispuestos a hacer frente a cualquier tipo de emergencia, tanto en la paz como en la guerra. Pero estos hombres necesitan una organización y una preparación que les permitan realizar un servicio eficaz.

Mr. Donald Rumsfeld, entonces Secretario de Estado para la Defensa de los Estados Unidos, destaca, en su Informe Anual del Desarrollo de la Defensa de 1977, "la magnitud de los esfuerzos de la defensa civil soviética" y previene de su aptitud y posibilidades, lo que "unido a la existencia de misiles de alta precisión y efectos contrastados podrían afectar en forma negativa a nuestra capacidad para poner en ejecución la adecuada estrategia defensiva americana". Esto es aplicable, con igual evidencia, al Reino Unido y a todos los miembros europeos de la Alianza.

Si un auténtico convencimiento de que la necesidad de modernizar nuestras fuerzas y reforzar nuestra defensa interior, es algo plenamente necesario, quizás lo más aleccionador y de beneficio permanente sea la invasión de Afganistán, que nos hace comprender en toda su magnitud que es muy necesario reconsiderar, en su totalidad, la estrategia y estructura de la OTAN.

Estrategia y estructura de la OTAN.

La Alianza se constituyó para defender a Europa Occidental de la agresión soviética. Esta finalidad sigue vigente dado que las crisis que se producen por doquier pueden repercutir sobre Europa, aunque los riesgos de una confrontación directa con la URSS, dada su complejidad, no sean tan fácilmente apreciados, pese a la creciente ansiedad que hoy produce en Occidente la fragilidad del equilibrio estratégico. No obstante, sin ánimo de restar ninguna importancia a la forma en que la OTAN ha hecho frente con éxito, durante más de 30 años, a la agresión, dada su capacidad disuasiva, no podemos ocultar ya la verdad de que la organización apoya a una Alianza falta de método y heterogénea, que continua buscando una actuación conjunta, difícil cuando tiene que hacer frente a cualquier eventualidad que no sea, precisamente, la amenaza directa contra los fundamentos de su génesis.

En un mundo crecientemente conflictivo, cada miembro de la Alianza debe estar preparado para adoptar la postura expresada por el Presidente Kennedy en su famosa declaración:

"Que todas las naciones sepan, tanto si nos desean sanos como enfermos, que debemos pagar un precio, soportar una carga, pasar unos apuros, apoyar a unos amigos, oponerse a unos enemigos, y todo ello para asegurar la supervivencia y el éxito de la libertad".

En el último decenio se han dado pocas evidencias de esa edificante actitud. Hemos permitido que la Alianza caiga en una situación confusa. Hemos fallado en hacer frente a los problemas militares, políticos y económicos de nuestra época y de nuestros días. Solo si tenemos éxito en el desarrollo de una mayor cooperación y cohesión conseguiremos la fuerza para supervivir en libertad y preservar en ella y con esto habremos conseguido bastante.

La primera necesidad de la OTAN es remediar la notoria deficiencia de las comunicaciones trasatlánticas. Los miembros de la Comunidad Europea han empezado a establecer un mecanismo de cooperación y consulta política permanente, pero las reacciones a los acontecimientos de Afganistán e Irán fueron lentas, tímidas e inciertas. Esto se vió complicado por la manifiesta falta de consulta de los Estados Unidos antes de la formulación de su reacción y política. En el futuro, si la respuesta occidental va a ser suficientemente rápida y coordinada para ser efectiva, debe

establecerse un adecuado sistema consultivo permanente. La OTAN debe progresar abandonando su mentalidad de cuerpo de bomberos con la que afronta cada crisis sucesiva, a medida que ésta se produce y por un procedimiento adaptado a cada caso. ¿Llegará el tiempo en que la OTAN pueda predecir con suficiente antelación las causas potenciales de inestabilidad y peligro, tales como un inevitable cambio de liderazgo en el Kremlin y las incertidumbres de Europa Oriental?. ¿Por cuanto tiempo podremos seguir tolerando la debilidad de los flancos septentrional y meridional de la Alianza y permanecer indiferentes ante la desastrosa economía turca, la reiterada negativa griega de aportar fuerzas -siendo Grecia miembro de la Organización- la actitud ambivalente de Francia y la ambigua cooperación de las naciones norte-europeas?.

¿Cómo podremos utilizar mejor la contribución potencial de Japón y China a la solución de los problemas globales?. ¿Por cuanto tiempo podremos continuar derrochando dinero, recursos y tecnología, debido a esa negativa a emprender una política coordinada de abastecimientos para la defensa, prescindiendo de los irregulares métodos actuales?. Conscientes de las dificultades para afrontar el problema, debemos hacer realidad lo que se ha venido en llamar "la calle de doble dirección", entre Estados Unidos y Europa. Hasta ahora, por un período superior a 30 años, se hizo muy poco para conseguir una integración efectiva en aspectos fundamentales tales como: doctrina, táctica, armamento, municiones, repuestos, e incluso métodos de adiestramiento. Contamos con el Programa de Defensa a Largo Plazo, meta ambiciosa de la OTAN, un proyecto sobre un plan integrado de defensa aérea y varias propuestas de cooperación en el ramo de armamento. Pero todos estos planes o proyectos están todavía en el papel. Hemos cambiado el lenguaje y hablamos de "interoperabilidad" en lugar de "racionalización" y "normalización", pero, en realidad, todo queda hasta ahora, en palabras.

Como dijo Mr. Thomas A. Callaghan, Jr, Director del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown, dirigiéndose al Congreso de los Estados Unidos en julio de 1977:

"Los Estados Unidos no pueden ya formular su propio y adecuado programa de desarrollo de armas, dado que muchos proyectos americanos avanzan con excesiva lentitud o se convierten en obsoletos antes de que lleguen a realizarse plenamente.

Los Estados Unidos necesitan de Europa para emprender muchos de estos proyectos, de tal forma que siempre que se inicien, puedan lle

gar a su plena conclusión. En otras palabras, que para el adecuado armamento y equipo de las fuerzas aliadas, incluidas las de los Estados Unidos, es preciso extender a Europa la base tecnológica americana".

Sin embargo no debemos exagerar el daño que a la Alianza -en su conjunto- le causó, hasta ahora, la base tecnológica europea.

El actual desequilibrio de fuerzas no se debe simplemente al hecho de que, mientras nosotros hemos recortado los gastos de defensa durante años, la Unión Soviética ha venido invirtiendo del 11 al 13 por ciento del PNB en armamento. Aún con la ventaja de que la Unión Soviética gasta proporcionalmente mucho menos en los sueldos de sus soldados y, en cambio, más en investigación y desarrollo, no es esta la única razón del masivo desarrollo del aparato militar soviético. El PNB agregado de los países de la OTAN, es, cuando se consideran todos y cada uno de los factores que inciden en el producto, casi el triple del de las potencias del Pacto de Varsovia. La raíz del asunto está en que el bloque soviético ha producido una masiva fuerza colectiva normalizada.

Es por eso, porque las fuerzas convencionales de la OTAN son débiles colectivamente, por lo que los gobiernos aliados y sus autoridades militares discuten acerca del número de días que la Organización podría resistir antes de recurrir a la guerra nuclear, descartada la rendición. De acuerdo con las más pesimistas estimaciones, no se deben prever más de 48 horas para que las fuerzas del Pacto de Varsovia alcancen las orillas del Rin.

Los miembros de la Alianza, según Mr. Thomas Callaghan, están presupuestando unos 150 mil millones de dólares anuales para sus fuerzas convencionales. Debido a que la Alianza no ha actuado nunca verdaderamente integrada, los resultados están muy lejos de alcanzar las metas previstas.

El desafío de los años 80.

La lección de la década de los 70 nos enseña que no podemos hacer frente al desafío de los 80, a menos que la Alianza sea capaz de responder en forma colectiva. Dado que la amenaza tiene carácter global, es globalmente como debe responderse.

Tenemos en Occidente los medios de defendernos a nosotros mismos, a nuestros amigos y aliados, a escala mundial, pero debemos preguntarnos cada día si tenemos la voluntad de hacerlo. Si queremos mantener a raya las fuerzas soviéticas -políticas, subversivas y militares- debemos poner en práctica una política de acción colectiva.

Esta política y esta actuación deben tener, no solo carácter político, sino también militar, y todo ello dentro de una perspectiva de ámbito general. Para nuestra propia seguridad, debemos emprender y desarrollar una política energética colectiva que permita una mejor administración de los recursos existentes e inicie y persiga una investigación y desarrollo más eficaz, capaz de explotar nuevas fuentes de energía. Si no lo hacemos así, el "arma del petróleo" perderá indefinidamente sobre nuestras cabezas.

Al mismo tiempo debemos reconocer que la pobreza del mundo subdesarrollado constituye terreno abonado para todo tipo de movimientos revolucionarios. Este es, en muchos aspectos, el problema de resolución más urgente de los países ricos del mundo libre. En muchas de las naciones más pobres, la situación es tal que, con una población creciente, los niveles de vida descienden, a veces casi por debajo del límite de la inani-
ción, mientras que en el resto del mundo las condiciones de existencia mejoran, o por lo menos se mantienen. Aquí radica el significado, incluso en un contexto de defensa, de la Comisión Brandt. Debemos mostrarnos propicios para financiar y prestar otras clases de ayuda en una mayor escala y amplitud que lo hicimos hasta ahora. También debemos estar preparados para transferir tecnología y hacerlo de tal manera que los recipiendarios obtengan beneficios reales. No se sirve ningún propósito político útil proporcionándoles a los países, en vías de desarrollo, asistencia para elevar su economía hasta un punto en que puedan producir para exportar, si luego simplemente, les negamos mercados para sus exportaciones. Por encima de todo, a los productores primarios debemos de proporcionarles "garan-
tías bancarias", de tal manera que sus productos puedan mantenerse en unos precios razonables y remunerativos, contando con los mercados nece-
sarios. Estas medidas deben ser prioritarias en la política exterior de los países de la Alianza en el decenio de los 80.

Ya se ha dicho que la política de defensa es la "sirviente" de la política exterior. Ciertamente que es inútil presentarse sin el debido respaldo en una sala de Conferencias. Igualmente, si la política exterior de un país es débil y vacilante, un alto nivel de armamento no podrá darle firmeza y seguridad. No da seguridad el andar siempre sopesando costes.

y beneficios, aquilatar los ideales o mercantilizarlos, dudar en adoptar una posición de principio y luego aferrarse a élla.

Si el mundo libre quiere permanecer como tal en la década de los 80, tendremos que estar más preparados para repartir equitativamente las cargas y los beneficios de la defensa colectiva; más predispuestos a crear una relación honrada y estable con los países no-alineados del Tercer Mundo, con los ricos y con los pobres; y más determinados a acabar de una vez con la postura, largamente mantenida de sacrificar el futuro por el presente.
